

Un Viaje con Santa Claus

Víctor I. Lizárraga



Un Viaje con Santa Claus

Víctor I. Lizárraga

Capítulo 1

Era 24 de diciembre, y el amor y las risas estaban por todo el pueblo. La nieve caía a montones y las familias andaban de un lado a otro. Solo se podía ver felicidad por los alrededores, excepto, por un par de niños huérfanos.

La niña, de 7 años de edad, se llamaba Marilyn, y su hermano pequeño, de 4 años se llamaba Ben. Se encontraban en un callejón intentando cubrirse del frío con una manta bastante gastada y sucia. Ambos habían quedado huérfanos al fallecer su abuela, que había enfermado unos meses atrás y no tenían mas familia con la que pudieran refugiarse de la nieve. Solo se tenían a ellos mismos y habían conseguido sobrevivir vendiendo dulces en la calle para que así pudieran comer al menos una pieza de pan.

Esa tarde los niños se sentían muy tristes, al ver pasar a todas esas familias unidas y a todos esos niños riendo y corriendo por todas partes, aquellos niños no sabían lo afortunados que eran. Tener comida, un techo, y personas quienes cuidaran de ellos. ¡Lo que darían ellos por tener todos esos privilegios!, en cambio, eran víctimas de la cruel nieve y del hambre voraz.

La noche cayo y se sentían peor que nunca, caminaban por las solitarias calles, viendo de vez en cuando por las ventanas, donde podían ver familias sentadas en grandes mesas con un apetitoso banquete. En algunas de aquellas ventanas a veces contemplaban pinos de navidad, tan grandes y llenos de decoraciones, ver aquellos pinos eran tan bello para los niños, pues ellos, las navidades que habían pasado con su abuela, solo habían tenido un pequeño pino sin decoraciones, luces o una estrella.

Marilyn le dejo la cobija a su hermano menor, ya que la atormentaba el hecho de que su hermanito estuviera muriéndose de hambre y de frío. Finalmente, cuando ya no podían caminar a causa el dolor que sentían en los pies y en las mejillas, se sentaron en una banqueta y volvieron a cubrirse con la cobija.

- Mary... -dijo de pronto Ben-. Tengo mucha hambre.

- Lo se -le respondió con tristeza Marilyn-. Yo también, pero ya no tenemos dinero, además todas las tiendas ya están cerradas.

- Extraño a la abuela -dijo Ben-. Me gustaría que siguiera aquí con nosotros, extraño sus abrazos y esa sopa tan deliciosa que solía hacer

para nosotros.

En ese momento Marilyn no pudo más y comenzó a llorar; el tiempo paso hasta que ambos cerraron los ojos. No se sabe exactamente cuánto tiempo debió haber pasado, pudieron ser segundos, minutos o incluso horas, pero lo que si era seguro es que, cuando Marilyn abrió los ojos vio en frente de ella a un señor barrigudo y con vestimentas rojas, tenia una gran barba blanca y los miraba sonriente, una sonrisa tan tierna que no había visto desde que su abuela se había ido.

- Hola -los saludo el hombre amablemente-. ¿Qué hacen un par de niños aquí afuera a mitad de la noche?

- Me llamo Marilyn -respondió dubitativa-, y el es mi hermano menor, se llama Ben... Disculpe -Dudo por un momento-, pero... ¿Usted es el señor Santa Claus? ¿Realmente existe?

- ¿Qué si existo? -rio Santa-. Supongo que sí, aquí estoy, y por si aun tienes dudas puedes tocar mi barba si quieres.

Marilyn le tentó la barba y se sorprendió al ver que si era real.

- Discúlpeme que se los diga, pero no parecen estar muy bien -dijo de pronto santa-. Permítanme llamar a unos amigos.

En eso un montón de renos bajaron volando hacia la calle tirando del trineo de Santa, este se acerco al enorme saco que llevaban en el trineo y, como por arte de magia, saco un par de tazas llenas de chocolate caliente y se las ofreció a los dos hermanos. Los renos comenzaron a realizar una especie de baile, movían sus patas con elegancia y una perfecta coordinación, esto hizo que los niños sonrieran por primera vez en mucho tiempo.

Los renos volvieron a alinearse y santa se subió al trineo. Los niños lo miraban con tristeza, no querían que se marchara tan pronto, le devolvieron las tazas y cabizbajos se empezaron a alejar cuando santa los llamo.

- ¡Oigan! -les grito-, ¿a dónde creen que van? Todavía tengo muchos regalos que entregar, no me caería mal un poco de compañía. ¿Les gustaría venir?

Los dos hermanos, sin poder creérselo, fueron corriendo hacia el trineo, sin dejar de sonreír, le dieron las gracias a Santa y vieron como los renos poco a poco volvían a alejarse. Mientras volaban en la oscuridad Santa Claus les comento que debía pasar primero al polo norte por un par de cosas que había olvidado. Cuando llegaron los niños vieron la enorme casa que tenía. Cuando entraron vieron a un montón de duendes que iban de

un lado a otro, nerviosos porque todo estuviera en orden.

- ¡Mis queridos duendes! -grito Santa.

Los duendes se detuvieron de golpe, ya de por sí se encontraban nerviosos y no les ayudó para nada ver a Santa ahí, de pie, con todavía varios regalos que entregar.

- Eh ¿Santa? -hablo un duende que llevaba lentes y una tabla llena de papeles en las manos, era el líder de los duendes-. Disculpe, pero aun es demasiado pronto para volver a casa. -Dijo con un tono que pretendía inspirar responsabilidad y orden, miro mejor a santa y se percató de que detrás de él había dos niños nerviosos.

- ¡Mi querido Frank! -respondió Santa con tono tranquilo-. Te preocupas demasiado, solo vine por un par de cosas que olvidé. Y estos niños -volteo a verlos-, son nuestros nuevos amigos, los encontré en la noche helada, pobrecitos, no me pareció correcto dejarlos ahí, y los traje conmigo, ella es Marilyn y él es Ben, saluden niños.

- Santa, señor -titubeo Frank el duende-. ¿Cree que haya sido prudente haber traído hasta el polo norte a un par de niños?

- ¡Oh vamos, Frank! -dijo Santa-, ¡te preocupas demasiado por todo! Son solo unos niños. -Se aclaró la garganta-. ¡Duendecitos! ¡Hoy traigo a unos invitados, preséntense!

Todos los duendes se acercaron a saludar a los niños, les ofrecieron galletas navideñas y vasos de leche. Los niños miraban asombrados todo a su alrededor: Los duendes, la chimenea, los adornos, los juguetes, pero, sobre todo, el enorme pino de navidad con una deslumbrante estrella en la punta.

- Bueno niños, vuelvo en un momento- dijo santa-. Al volver llevaba unos cuantos regalos mas y un par de abrigos para los niños.

- Hum, ¿señor Santa? -hablo Ben.

- ¿Qué sucede amigo mío? -pregunto santa amablemente.

- Quisiera saber -dijo Ben nervioso-. ¿Porque es tan bueno con nosotros? Se que usted es gentil con todos los niños del mundo, pero, ¿por qué a nosotros nos da chocolate, nos trae al polo norte y todavía nos regala estos abrigos?

- Bueno... -dijo Santa algo mas serio, pero sin dejar de sonreír-. Eso es porque se lo mucho que han sufrido últimamente, y para mí, no hay peor

crimen que unos niños tristes.

- Entonces -tercio Marilyn-. ¿Usted no solamente entrega regalos?

- Mi querida Marilyn -le respondió Santa- Mi trabajo es hacer felices a los niños, no simplemente entregar obsequios. Muchos niños se conforman al ver regalos en sus pinos al despertar, pero otros, como ustedes, necesitan mas que eso, no deberías fijarte en cosas tan materiales, recuerda que no sirve de nada si el corazón del niño en cuestión no es feliz.

Marilyn se quedó en silencio reflexionando sobre lo que le acababa de decir Santa. Es cierto, no tenían un hogar, y todavía extrañaba a su querida abuelita.

Cuando todo en el carruaje estaba preparado volvieron a subir para continuar su viaje a través de las muchas casas que había en el mundo. Al bajar a la primera casa Santa les dijo que bajaran con el por la chimenea, al entrar vieron la casa llena de adornos navideños, en una mesita había un plato con galletas y un vaso de leche; Santa les ofreció un par de galletas a cada uno y se tomo el vaso de leche. Abrió su saco y salieron un montón de regalos y bastones de caramelo.

Un instante después: regalos y bastones de caramelo volaron a sus respectivos lugares. Salieron de la casa y así estuvieron un par de casas más, aquella experiencia era increíble, los niños tenían una sonrisa de oreja a oreja y santa solo se dedicaba a reír de aquella manera tan característica.

En una de las casas encontraron a una niña pequeña dormida en un sofá, parecía de la misma edad de Ben. Dejaron los regalos tan silenciosamente como les fue posible y cuando ya estaban por salir la pequeña niña abrió los ojos y los miro.

- ¿Santa? -pregunto la niña-. ¿Eres tú?

- Si -hablo el en un susurro-. Te mostrare una sorpresa si no hablas en voz alta ni se lo cuentas a nadie, ¿de acuerdo?

- De acuerdo -respondió la niña emocionada-. Pero ¿Quiénes son esos niños?

- Son amigos míos, y, por lo tanto, también son amigos tuyos, están ayudándome con la entrega de regalos. Así que, ¿Quieres que te muestre la sorpresa?

- ¡Si!

En eso santa volvió a abrir el saco y de él salieron un montón de muñecos cascanueces. Estos se acomodaron en fila y comenzaron a entonar una melodía de lo mas bonita mientras bailaban al ritmo.

Cuando la canción termino los muñecos regresaron al saco. Santa llevo a la niña de vuelta al sofá, le entrego un bastón de caramelo y se quedo con ella hasta que volvió a dormirse.

Cuando salieron de la casa y volvieron a subirse al trineo los niños le preguntaron si no le preocupaba que la niña los hubiera visto.

- Por supuesto que no -les respondió Santa.

- Pero, ¿por qué no? – pregunto Marilyn.

- Es muy simple -dijo Santa-: Porque muchos adultos se vuelven de mente cerrada y siempre están de un lado a otro pensando en muchas cosas que realmente no son importantes. Por tanto, no suelen creerles a sus hijos cosas como que hayan visto a Santa Claus, ni que hayan visto como muñecos de cascanueces empezaban a bailar y tampoco regalos flotando. Por eso -volteo a ver a los niños y sonrió-, es que los niños son lo mejor que existe en el mundo, ellos siempre piensan con el corazón y no con lo que los adultos llaman "la realidad" o "el sentido común".

Después de un rato llegaron a un orfanato, al principio los hermanos estaban en duda, ¿qué haría Santa exactamente en los orfanatos? Al entrar se encontraron en un ambiente de lo más triste: no había pino de navidad, ni luces, ni siquiera botas colgadas en ningún lado. Un segundo después Santa saco una pequeña caja musical, la abrió y le dio cuerda, de la caja salió una melodía realmente linda y de lo más tranquila. Santa les explico a los niños que esa caja solo podrían escucharla los niños, por lo que no debían asustarse de que algún adulto los descubriera. En cuestión de minutos todos los niños del orfanato se reunieron y miraban sorprendidos a Santa. Volvió a guardar la caja y los miro sonriente a todos. Paso al lado de todos y del saco comenzó a sacar bastones de caramelo, regalos, luces y al final puso sobre una mesita un pequeño pino de navidad muy bien decorado. Todos los niños de un momento a otro se encontraban mas contentos de lo que habían estado en mucho tiempo. Santa les pidió a todos los niños que lo ayudaran a decorar el resto del cuarto para que, según sus palabras: «Le dieran un poco de esperanza a este lugar tan sombrío».

Cuando finalmente terminaron el lugar estaba lleno de luces y, en definitiva, se respiraba un ambiente más cálido, a diferencia de cuando recién habían llegado. Antes de irse, santa les recordó a los niños del orfanato que «La felicidad se encuentra en los detalles más pequeños e

insospechables».

Después de haber recorrido muchas casas finalmente había logrado su objetivo; por un lado, eso les alegraba a los dos hermanos, ya que eso significaba que muchos niños despertarían felices, pero por el otro eso también significaba que Santa los dejaría muy pronto y tendrían que volver a las calles, nuevamente dependientes de la suerte. Ambos lo sabían muy bien, pero trataban de alejar esos pensamientos de su mente. Estuvieron un rato así, sintiéndose tristes hasta que Santa habló:

- Aun no es tiempo para relajarse, niños -dijo el sonriendo.

- ¡Pero si hemos pasado ya por todas las casas! -grito Marilyn sorprendida.

- Aun no -le respondió sin dejar de sonreír- Aún queda una casa, pero la estuve reservando para el final.

Confundidos, los niños esperaron en silencio. Cuando finalmente llegaron ocurrió algo extraño, Santa les dijo que no entrarían por la chimenea, sino que tocarían la puerta. Aquella idea les parecía de los mas extraño. Tocarón la puerta y abrió un hombre de mediana edad, tenía anteojos y se estaba quedando calvo, se veía muy amable. Su expresión ante aquella peculiar visita no fue de miedo, ni siquiera desconcierto, si no de emoción.

- ¡Oh vaya! -Dijo el hombre-. ¡Es un placer! mi nombre es David Hollman -Se agacho y estrecho la mano a los dos hermanos, que parecían muy confundidos.

- ¡Señor Hollman! -respondió Santa-. Veo que recibí mi carta. Niños, les tengo una gran sorpresa -volteo a ver al señor Hollman-. ¿Podemos pasar?

- ¡Por supuesto! -dijo el señor Hollman y los dejó pasar.

Entraron y lo primero que vieron fueron a algunos de los duendes de Santa, estaban jugueteando entre ellos en la salita del señor Hollman, cuando vieron a los niños les sonrieron y los saludaron con la mano. Los niños correspondieron aun sin saber que estaba pasando exactamente; fueron a la cocina, donde estaba sentada la esposa del señor Hollman. Era rechoncha y de cabello castaño y expresión amable. Sus ojos cobraron un brillo muy fuerte cuando vio entrar a los dos pequeños, se sentaron y santa comenzó a explicar:

- Muy bien niños, como se darán cuenta, esta vez nos hemos presentado con gente adulta, se preguntarán por qué. Bueno, cuando los vi en medio del frío, solos y con hambre, no podía dejarlos en esas circunstancias. Así

que los recogí y me encargué de que esta noche fuera la mejor de sus vidas. Cuando les dije que debíamos pasar al polo norte lo hice principalmente para poner en marcha este pequeño plan- les guiño el ojo a los niños.

Ellos no respondieron al gesto, seguían demasiado confundidos y estaban a la expectativa de que santa terminara de explicarles.

- Entonces -prosiguió-: mientras ustedes se entretenían con mis amigos duendes, escribí una carta al matrimonio Hollman -volteo a verlos-, explicándoles que ustedes no tenían ningún hogar ni lugar a donde ir, después -Volvió la mirada de nuevo a los niños-; le pedí a algunos duendes que trajeran la carta al matrimonio. Y ellos, lo que más han querido en el mundo es tener un par de hijos y así poder formar una familia.

Los niños miraron emocionados a la pareja, comenzaban a comprender lo que Santa Claus trataba de decirles.

- Entonces -dijo por fin Marilyn- Ustedes...

- ¿Quieren adoptarnos? -concluyo Ben.

- Si -dijo muy contenta la señora Hollman.

- ¡Entonces aceptamos! -respondieron los hermanos al unísono.

Los niños corrieron a abrazar al matrimonio, jamás habían estado tan contentos, por fin tendrían lo que muchos niños tenían pero que a veces no valoraban, una familia. Después de contemplar aquella escena santa decidido dedicarles un último espectáculo a los niños. De su bolsa salieron nuevamente los soldados cascanueces, varios regalos y bastones de caramelo. Se dedico a mostrarle a todos los presentes un último espectáculo de colores y canciones.

Finalmente había llegado el momento de decir adiós, Santa se dispuso a salir de la casa seguido de los duendes. Pero antes de que pudiera subir al trineo los niños fueron con él.

- No te vayas Santa- suplico Ben.

- ¿Irme? -dijo Santa y comenzó a reír-. Mis queridos amigos, yo nunca me iré, siempre me tendrán en su corazón, así que, yo estaré con ustedes siempre que lo necesiten.

Los niños se acercaron y le dieron un fuerte abrazo.

- Te vamos a extrañar -dijo de pronto Marilyn, con lágrimas en los ojos.

- Y yo a ustedes -respondió Santa- ¿recuerdan lo que les dije? Mi trabajo es hacer felices a los niños, muchos se conformarán con regalos, pero ustedes merecían mucho más, gente que les de amor y que haga que jamás vuelvan a sentirse abandonados, ¡y hablando de regalos! Tengo algo para ustedes.

Saco una pequeña caja y se la dio a los niños. Al abrirla sacaron un cuadro que contenía una foto de su abuelita. Los niños no podían creerlo, le agradecieron a Santa por aquel detalle y finalmente dejaron que subiera a su trineo.

Y jamás olviden niños -les grito Santa-, que la felicidad se encuentra en los detalles mas pequeños e insospechables, jamás dejen de creer con el corazón, como lo hacen todos los niños del mundo e incluso adultos como los Hollman, sé que serán una gran familia. ¡Hasta pronto!

Y emprendió el vuelo, se despidieron con la mano hasta que lo perdieron de vista, el sol ya comenzaba a salir.

Cuando el sol salió completamente y volvía a ver circulación en las calles, la recién formada familia Hollman decidió dar un paseo al centro del pueblo, donde se encontraba el gran pino de navidad. Los niños jamás olvidarían aquella noche tan mágica que habían pasado, a los duendes tan amistosos, a los regalos voladores, pero, sobre todo, jamás olvidarían las lecciones de Santa Claus y como el los ayudo a volver a encontrar paz y la felicidad.